

MACARENA

Han pasado casi setenta años y sin embargo me parece que fue ayer cuando te vi por vez primera. Esperabas el autobús para ir a Sevilla en la plaza del Arenal bajo una amenazante bóveda de acero. De repente, un relámpago iluminó el cielo anunciando con un resplandor de plata la llegada de la tormenta. Miraste al firmamento con cara de fastidio cuando empezaron a caer las primeras gotas gruesas y aisladas. Yo, en cambio, di gracias al dios de la lluvia porque acababa de brindarme la oportunidad de ofrecerte mi paraguas. Me sonreíste con timidez y desviaste la mirada cuando te cobijé bajo el nailon negro. Al acercarme a ti, pude sentir el sutil aroma de tu perfume que olía a limones frescos y que no hizo más que acelerar mi pulso. Los minutos que transcurrieron hasta que avistamos la silueta del autobús entre la neblina en medio del aguacero fueron los más felices que recuerdo haber vivido. Al llegar a la parada, el gemido de los frenos rompió la magia del momento. Te franquéé el paso sin dejar de protegerte hasta que enfilaste el tercer escalón. Subí tras de ti, y de no haber sido por la señora que se deslizó en el asiento contra la ventana para evitar que le manchase su abrigo de astracán al sentarme a su lado, no me habría percatado de que tenía la manga izquierda empapada. No me importó lo más mínimo.

Después de ese primer encuentro continuamos viéndonos cada mañana, a la misma hora y en el mismo autobús. Un día me atreví a preguntarte cómo te llamabas: «Macarena», dijiste con la timidez brincando en tus enormes ojos verdes. «Un nombre que hace justicia a tu belleza», repliqué con picardía zalamera.

Poco a poco, con esa pausa con la que antes se cocinaban los noviazgos, fuimos intimando. Así supe que trabajabas en Francos como dependienta en los Almacenes *Peyré*.

Un jueves, cercano ya el verano, me aventuré a invitarte al cine. En Lloréns, proyectaban Gigante, y así me sentí yo cuando aceptaste mi propuesta. Desde entonces, cada vez que paseo por Sierpes es como si lo hiciese contigo del brazo camino de aquella sala.

Esta mañana, después de muchos años, he vuelto a coger el autobús para venir a Sevilla. Hace algo más de un mes que los chicos me llevaron a una residencia en Dos Hermanas. Dijeron que allí estaría bien atendido, mejor que en casa. Al pasar por la plaza del Arenal me ha parecido verte en el reflejo de la marquesina. Llevabas el pelo recogido en una trenza rubia y mirabas al cielo con ojos de fastidio porque también hoy, como aquel día, amenaza tormenta. Apreté con fuerza el mango de mi paraguas como si con ese gesto fuese capaz de contener la lluvia hasta mi llegada al cementerio para guarecer tu lápida. Cómo te extraño, Macarena; pero al menos podré venir a verte en autobús todas las semanas. Siempre tuyo, Leandro.